

HISTORIA, LITERATURA,  
HISTORIA, LITERATURA,  
SOCIEDAD

*Joseph Pérez*

GRANADA

2010

## HISTORIA, LITERATURA, SOCIEDAD

*Joseph Pérez*

A lo largo de su carrera *Joseph Pérez* utiliza el historial para divulgar su trabajo de manera que aparece en revistas, actos de colecciones, obras colectivas, comentarios a libros, contribuciones a congresos u homenajes, así como aportaciones inconscientes a algunas publicaciones a las que, quizás, no se ha vuelto nunca. Un historiador no tiende a no apreciar suficientemente sus archivos de textos cortos detrás de los cuales, sin embargo, existe el resultado ya acumulado de muchos años de trabajo.

En consecuencia a estos trabajos, *Joseph Pérez* ha publicado el primer volumen de su obra, *Historia, Literatura y Sociedad*, en la que se recogen los artículos de este autor que han aparecido en la revista *Historia, Literatura y Sociedad* de la Editorial Castalia, desde su fundación en 1977 hasta el presente.

Este libro, que se divide en tres volúmenes, es el resultado de un trabajo con gran exactitud y diligencia — los tres volúmenes que aún permanecen en su francés original. Le agradezco lo más y lo mejor. Confieso que el resultado no me decepciona. El tiempo transcurrido desde la primera publicación — más de cincuenta años en el caso de los capítulos — hubiera debido tal vez haberme llevado a reconsiderar algunas cosas, pero, en cambio, he conseguido mantener el mismo nivel de rigor y precisión, sin cambiar nada de lo que en sus días me parecía más concreto. El lector encontrará en este libro el resultado de un trabajo presente y de futuro, que espero que sea útil para el conocimiento de la historia de España y de la cultura hispánica.

GRANADA

2010

HISTORIA, LITERATURA, SOCIEDAD  
Joseph Pérez

“Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos -[www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.”

© JOSEPH PÉREZ  
© UNIVERSIDAD DE GRANADA  
HISTORIA, LITERATURA, SOCIEDAD  
ISBN: 978-84-338-5084-3.  
Depósito legal: Gr./850-2010  
Edita: Editorial Universidad de Granada.  
Campus Universitario de Cartuja. Granada.  
Diseño de cubierta: Josemaría Medina Alvea  
Imprime: Imprenta Santa Rita. Monachil. Granada.

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

## ÍNDICE

Palabras preliminares . . . . .	7
El tránsito de la Edad Media a la Moderna . . . . .	9
<i>Notas</i> . . . . .	269
Una nueva conciencia . . . . .	25
<i>Notas</i> . . . . .	270
Reforma y heterodoxias: el erasmismo castellano . . . . .	67
<i>Notas</i> . . . . .	271
Erasmus, Moro y Vives . . . . .	107
<i>Notas</i> . . . . .	280
El hombre del Renacimiento . . . . .	125
<i>Notas</i> . . . . .	282
La pastoral . . . . .	149
<i>Notas</i> . . . . .	286
El Mediterráneo de Fernand Braudel . . . . .	159
<i>Notas</i> . . . . .	287
Humanismo y religión. La tentación teocrática en la España de Felipe II . . . . .	167
<i>Notas</i> . . . . .	287
Las bibliotecas en la España del Siglo de Oro . . . . .	183
<i>Notas</i> . . . . .	291
Cervantes en su tiempo . . . . .	191
<i>Notas</i> . . . . .	291

Literatura y sociedad en la España del Siglo de Oro . . . . .	211
<i>Notas</i> . . . . .	294
Descartes y san Juan de la Cruz . . . . .	223
<i>Notas</i> . . . . .	295
La España de Jean Cassou . . . . .	237
<i>Notas</i> . . . . .	298
Elogio del jacobinismo . . . . .	251
En torno a la leyenda negra . . . . .	257
<i>Notas</i> . . . . .	301
Notas . . . . .	269
Procedencia de los trabajos . . . . .	305
Índice onomástico . . . . .	307

Palabras preliminares . . . . .	7
El tránsito de la Edad Media a la Moderna . . . . .	9
<i>Notas</i> . . . . .	269
Una nueva conciencia . . . . .	23
<i>Notas</i> . . . . .	270
Reformas y heterodoxias el cristianismo castellano . . . . .	67
<i>Notas</i> . . . . .	271
Escuela Nueva y Vieja . . . . .	107
<i>Notas</i> . . . . .	280
El nombre del Renacimiento . . . . .	123
<i>Notas</i> . . . . .	282
La pintura . . . . .	149
<i>Notas</i> . . . . .	286
El Medievo de Fernando IV . . . . .	159
<i>Notas</i> . . . . .	287
Humanismo y religión. La tentación teocrática en la España de Felipe II . . . . .	167
<i>Notas</i> . . . . .	287
Las bibliotecas en la España del Siglo de Oro . . . . .	183
<i>Notas</i> . . . . .	291
Cervantes en su tiempo . . . . .	191
<i>Notas</i> . . . . .	291

## PALABRAS PRELIMINARES

A lo largo de su carrera, el tono menor que utiliza el historiador para divulgar su trabajo o comentar el de otros en revistas, actas de coloquios, obras colectivas, comentarios a libros, contribuciones a congresos u homenajes, arrastra aportaciones interesantes o síntesis afortunadas a las que, quizás, no se ha vuelto nunca. Los historiadores tendemos a no apreciar suficientemente ese ramillete de textos cortos detrás de los cuales, sin embargo, existe el resultado ya acendrado de muchos años de estudio.

Rafael G. Peinado Santaella, director de la Editorial Universidad de Granada, ha considerado los artículos de este libro merecedores de una recopilación que, bajo el título general de *Historia, literatura, sociedad*, tiene hoy el lector en sus manos. Él mismo ha traducido —y con qué exactitud y elegancia!— los tres trabajos que aún permanecían en su francés original. Le agradezco lo uno y lo otro. Confieso que el resultado no me desagrada. El tiempo transcurrido desde la primera publicación —¡más de cuarenta años en uno de los casos!— hubiera debido tal vez incitarme a revisar los textos para quitar, añadir, corregir y ponerlos al día. He preferido, no obstante, no cambiar nada de lo que un día salió de mi pluma en circunstancias muy concretas. El lector tendrá la bondad —así lo espero— de tenerlo presente y de considerar estas páginas como un testimonio de mi manera de pensar en tal o cual fecha que ahora puede resultar muy alejada de mis preocupaciones actuales.

Los trabajos recogidos en este libro tienen en común la época de la que tratan: más o menos, la que va de finales del siglo XV a los principios del XVII; o sea, la correspondiente a la preponderancia española, el Renacimiento, la Reforma, el humanismo y sus ecos en España. Se perciben dos excepciones aparentes: los artículos dedicados a Unamuno y a Jean Cassou; pues bien, ambos se refieren a la problemática de conjunto, que podría corresponder a la cuestión: *¿Qué ha representado la España de los Austrias en la civilización moderna?* Si hay en este libro una excepción completa a esta problemática es mi defensa del jacobinismo, tal como la ha formulado un humanista de nuestro tiempo.

Por último, indicar que estos trabajos no siempre representan aportaciones eruditas, y que a veces se limitan a exponer —en el tono menor del que hablaba más arriba— lo que otros hicieron con maestría.

Joseph Pérez

## EL TRÁNSITO DE LA EDAD MEDIA A LA MODERNA

Como se sabe, fue a fines del siglo XVII cuando se le ocurrió a un sabio filólogo alemán de la Universidad de Halle, el profesor Cellarius, la idea de dividir el tiempo de la historia en tres periodos: Antigüedad, Edad Media y Época Moderna <sup>1</sup>. Aquella división no tenía otro propósito que el de facilitar el estudio al ofrecer unos marcos cronológicos cómodos, pero algo arbitrarios. Sin embargo, la idea caminó y acabó cargándose de un lastre ideológico del que carecía en principio. Las cosas se complicaron aún más cuando, a principios del siglo XIX, el historiador francés Michelet lanzó el vocablo de Renacimiento para referirse precisamente al tránsito entre la Edad Media y la época moderna. A diferencia de su antiguo colega alemán, Michelet sí que tenía un concepto ideológico y no meramente metodológico de la división entre dos periodos: para él, como más tarde para Burckhardt, el Renacimiento señala una ruptura: «El arte y la razón, esto es el Renacimiento, el matrimonio de lo bello y lo verdadero». Desde entonces hemos vivido largo tiempo con este estereotipo de dos mundos encontrados, el de los tiempos oscuros y el de una nueva era que, según una tradición muy arraigada, empezaba con la toma de Constantinopla por los turcos (1453), la imprenta, los grandes descubrimientos de fines del siglo XV. Entramos, pues, de lleno en la problemática del mundo bajomedieval-renacentista. ¿Qué interpretación se puede dar a esta

problemática? ¿Es que algo muere a finales del siglo XV para dar lugar a otras formas y otras mentalidades?

Lo que pretendo no es dar una respuesta definitiva a estas interrogaciones sino proponer una serie de reflexiones en torno a tres aspectos fundamentales: la oposición entre antiguos y modernos; el concepto de ciencia; la sociedad del Renacimiento.

Lo primero que llama la atención al acercarse a la sociedad bajomedieval-renacentista es el extraordinario personalismo que se nota en los principales protagonistas de la época, lo que los italianos llamaban la *virtú*. Casi todos ellos se sienten orgullosos de haber nacido en una época que les ofrecía la oportunidad de realizar hazañas inauditas, de alcanzar la gloria por su esfuerzo personal y de superar todo lo que había podido celebrarse en la Antigüedad clásica cuyo prestigio estaban ensalzando los humanistas. Éste es un aspecto muy trillado en lo que se refiere al descubrimiento y a la conquista de América y no voy a repetir ahora lo que de todos es muy conocido. Me limitaré a unas breves alusiones: la conquista de Méjico que, para Hernán Cortés como para el modesto soldado de filas que era Bernal Díaz del Castillo, evocaba y superaba las tan celebradas campañas de griegos y romanos, entre ellas las de Julio César; el orgullo del mismo Bernal Díaz cuando se pregunta por qué escribe: «para que mis hijos y nietos y descendientes osen decir con verdad: estas tierras vino a descubrir y ganar mi padre a su costa»; la ingenua reflexión de Almagro: «Nuestro propósito fue y es servir a Su Majestad en el dicho descubrimiento porque hubiese noticias de nosotros y nos honrase e hiciese mercedes»<sup>2</sup>.

Todo esto, repito, es muy conocido, pero conviene enfocarlo dentro de un marco más general: la convicción que tenían los hombres de aquel siglo que les había tocado vivir en una época mucho más exultante en todos los conceptos que las anteriores. O dicho de otra forma: que los modernos eran superiores a los antiguos. Hace unos años, José Antonio Maravall ya lo había destacado acertadamente: durante gran parte del siglo XVI, los españoles manifestaron un marcado interés y hasta un verdadero entusiasmo por lo nuevo, la innovación, las novedades, y esto en todos los terrenos<sup>3</sup>.

Desde este punto de vista, un autor secundario, pero precisamente porque es un autor de segunda fila tanto más representativo de las grandes tendencias de la época, porque sigue la corriente por así decirlo, Luis Zapata, nos aclara muchas cosas en la farragosa *Miscelánea* que escribió a finales de su vida <sup>4</sup>. Lo que le interesa particularmente a Zapata son las «cosas notables», lo que sale de lo ordinario y habitual, y en este sentido pone especial énfasis en destacar siempre cuánta ventaja tienen los modernos sobre los antiguos en todos los campos: la pintura (con los ejemplos de Miguel Ángel, Durero, Rafael), la música, la agricultura, los inventos técnicos tales como la pólvora, la imprenta, los relojes, los molinos, la medicina, la gastronomía, la poesía y la literatura, etc. Concluye Zapata:

¡Cuán enfadosa es la gala que tienen algunos de quejarse del tiempo y decir que los hombres de ahora no son tan inventivos ni tan señalados, y que cada hora en esto va empeorando! Yo quiero, pues, volver por la honra de esta nuestra edad y mostrar cuánto en invenciones y sotilezas al mundo de ahora somos en cargo, que de vicios y excesos hubo más los tiempos pasados con la prosperidad de entonces que con la prosperidad de ahora los hay <sup>5</sup>.

Este orgullo del moderno frente a la Antigüedad se fundamenta en consideraciones objetivas como los adelantos de la técnica, pero responde también a preocupaciones que hoy nos parecen muy alejadas de la especulación racional. Me refiero, por ejemplo, al ambiente mesiánico e incluso milenarista en que se forjó el primer viaje de Colón, al clima providencialista de los primeros misioneros franciscanos que llegan a Méjico en 1524 y a muchísimas manifestaciones más de este tipo que se podrían señalar y que nos sitúan no en la llamada Edad Moderna sino todavía en plena Edad Media. Éste es el legado, un legado muy grande, de las tendencias milenaristas que tanto contribuyeron a difundir Joaquín de Fiore y tantos otros. Éste es ya un primer aspecto de la ambigüedad de la época. La situación de la ciencia es otro aspecto señalado.

Uno de los estereotipos más arraigados es el que opone el escolasticismo decadente de las universidades bajomedievales y el

progresismo de los humanistas, creadores del moderno espíritu científico. Hoy en día, esta visión maniquea que valora de modo positivo a los humanistas o auténticos renacentistas y de modo negativo a sus oponentes resulta especialmente engañosa y pocos historiadores serios la tendrían en cuenta. La reacción de los humanistas contra el escolasticismo se explica y se comprende. El escolasticismo es ante todo comunicación de un sistema de ideas: ideas sobre Dios: una teología, que supone a su vez ideas sobre el hombre y la naturaleza, es decir, una filosofía. Esta teología y esta filosofía se expresan en un lenguaje técnico. De ahí las tres características fundamentales que presenta el escolasticismo y frente a las cuales se pueden colocar otras tantas posturas que van a ser las que defienden los humanistas.

1. El escolasticismo es una ciencia especulativa más que práctica. De ella pueden deducirse naturalmente unas normas éticas de comportamiento, una conducta moral, pero su preocupación principal, que en los últimos siglos de la Edad Media llegó a ser casi exclusiva, es la especulación teórica. Se trata, si se quiere, de una perversión, de una desviación, de un abuso, pero el caso es que esta actitud provocó una reacción de sobra conocida contra esta forma de saber especulativo que ha acabado convirtiéndose en puro intelectualismo, desconectado de las preocupaciones vitales y actuales de las gentes. Todo un sector importante del humanismo protesta contra tamaña deformación y afirma que el cristianismo, por ejemplo, no es sólo ni ante todo un sistema de ideas sino la manifestación de una Persona; no es pura especulación, sino vida, actitudes morales, conducta práctica.

2. El saber del escolasticismo requiere una sólida preparación, la que se da en las escuelas. Hay que aprender a discurrir, primero, luego adentrarse en el mundo de la especulación filosófica y teológica, ya que se trata de cuestiones abstractas que caen fuera del alcance de la inmensa mayoría. Esta formación es larga y ardua. Sólo los que han venido al cabo de ella, los maestros, son capaces de terciar en los debates que plantean y resuelven ellos mismos. Los indoctos, los *idiotas*, como se dirá, no pueden sino inclinarse ante las conclusiones de los doctores, acatarlas porque se trata de cuestiones

técnicas que sólo las personas competentes están en condiciones de determinar. El escolasticismo supone, pues, una profesionalización del saber; la ciencia está reservada a una élite de profesores, clérigos en su mayor parte. Frente a esta pretensión, los humanistas ponen en tela de juicio la autoridad de los expertos: exigen pruebas, discusión abierta, libre examen, en una palabra, crítica o irrespeto ante la autoridad y la tradición; piden cuentas, exigen explicaciones. El humanismo es ante todo cultura general contra excesiva especialización, contra la profesionalización exagerada. Todo hombre tiene derecho a terciar en lo que le interesa directamente como hombre; no puede contentarse con acatar, a ojos cerrados, las sentencias definitivas de los expertos, de los doctores de toda clase, que pretenden excluir a los profanos de los problemas esenciales, escudándose detrás de la ciencia adquirida en las escuelas. Esta reivindicación de cultura general frente a una especialización demasiado estrecha explica que el humanismo se salga de los cauces de la universidad tradicional y que, mucho más allá del círculo de los profesores, llegue a sectores sociales, aristocráticos más que burgueses, por cierto, ya que los burgueses, a su modo, están obligados también a otras formas de profesionalización, la del oficio, mientras que la aristocracia, por vivir en el ocio, está más disponible para una cultura desinteresada. El *Cortesano* de Castiglione es buena muestra de este ideal.

3. La ciencia escolástica, como todas las ciencias, dispone de una lengua técnica, el latín, que naturalmente ha tenido que adaptarse a las necesidades de la evolución del pensamiento, creándose un vocabulario y unas formas apropiadas. Por exceso de tecnicismo y sutileza, esta lengua se ha convertido en una lengua oscura, bárbara, por decirlo en una palabra, y los humanistas empiezan precisamente por reaccionar contra este defecto formal, reclamando el retorno a un latín depurado, claro, elegante. Pero no se trata sólo del latín, sino del lenguaje en general, de la forma de expresar las ideas. Porque se ha complacido en los últimos siglos de la Edad Media en cuestiones demasiado sutiles, aparentemente sin interés —meras curiosidades, expuestas en una jergonza compleja e incomprensible—, el escolasticismo en general produce un sentimiento de

cansancio, de aburrimiento, de hastío y da lugar a un rechazo casi total. Se protesta contra la reducción de las artes a la teología, contra una forma que sacrifica la belleza de la expresión a ideas que no siempre parecen merecer tan intrincadas lucubraciones.

Resumiendo lo que precede, podemos sintetizar en tres fórmulas lo que opone el humanismo al escolasticismo decadente: preocupación moral frente al intelectualismo abstracto; llamada al buen sentido, crítica, irrespeto frente a la soberbia de los expertos y doctores; elegancia en el estilo frente a la jerigonza de las escuelas.

Esta última característica es, en realidad, la primera desde el punto de vista cronológico y lógico: el humanismo empezó siendo un renacimiento del bien decir y del bien escribir, un esfuerzo de elegancia en la expresión hablada y escrita. Pero dicha actitud implica toda una filosofía; el estilo lleva a un estilo de vida. Como ha mostrado Francisco Rico, para los humanistas, la palabra es lo que distingue el hombre de los brutos animales. Ésta es la ventaja y la superioridad del hombre racional: *sermo et ratio*; y de allí se sigue para él la posibilidad de evolucionar, de mejorar, de progresar: no está definitivamente encerrado en una naturaleza fija e invariable <sup>6</sup>.

Ahora bien, ninguna de las características del escolasticismo (saber especulativo, profesionalización, lenguaje técnico) lleva en sí connotación peyorativa. Si bien lo miramos, la ciencia no puede prescindir de ellas, ya que exige reflexión teórica, larga preparación, vocabulario técnico. Son los abusos de los mismos escolásticos los que han provocado la reacción contra el escolasticismo y la victoria del humanismo. Pero cabe preguntarse si esta victoria, a su vez, no encierra una amenaza para la cultura y más precisamente para el cultivo y el desarrollo de la ciencia.

Una lengua pura, clara, elegante, es por cierto un ideal que debe proponerse todo buen escritor y en este sentido la reacción humanista era muy acertada, pero con tal de no olvidar que este criterio estético no puede ser el único, sobre todo tratándose de disciplinas, de problemas, de temas que por su misma índole exigen matizaciones y puntualizaciones, rigor en el pensamiento lo mismo que en la forma de expresarlo. La voluntad de estilo y de un estilo claro, «apto para el uso común de todos», como dice fray Luis de León <sup>7</sup>, no

puede aplicarse indistintamente a toda clase de escritos. Parece perfectamente adecuada en los textos de carácter literario; pero las obras filosóficas o científicas requieren un vocabulario técnico que forzosamente desorientará a los no iniciados. Antonio de Torquemada ponía las cosas en sus justos términos:

Cuando la escuridad de las obras viene de las materias que en ellas se trata, porque tocan fábulas e historias, o tocan en astrología o filosofía o otras cosas difíciles de entenderse (...), en tal caso ni el autor ni la obra no tiene la culpa, sino el que las lee, por leer cosas que no llegan a su entendimiento<sup>8</sup>.

La filosofía de Kant no puede expresarse en la lengua de Voltaire, decía un crítico francés de nuestro siglo<sup>9</sup>. La crítica humanista, al denunciar con violencia el bárbaro estilo de los escolásticos, corre el riesgo de confundir en la misma censura la oscuridad innecesaria en el estilo y la dificultad de lectura que es propia de toda obra verdaderamente científica.

El humanismo es fundamentalmente antidogmático; desconfía de las teorías y de los sistemas y esta actitud ha contribuido en parte a despreciar el papel de la reflexión propiamente filosófica y científica. Dentro del escolasticismo, las doctrinas nominalistas son las que con más frecuencia excitan los sarcasmos de los humanistas; y no les faltaba razón para ello. Los nominalistas son en gran parte responsables de los excesos del escolasticismo al multiplicar las cuestiones muchas veces absurdas y al sutilizar con suma exageración sus temas de estudio. Sin embargo, en medio de tanto farrago, no cabe duda de que también se agitaban cuestiones verdaderamente profundas y que no dejaban de ser profundas por venir arropadas en un lenguaje horroroso y bárbaro. Algunos de los grandes físicos y matemáticos de principios del siglo XVI eran nominalistas<sup>10</sup> y es muy posible que el descrédito en que han sido envueltos por los humanistas haya impedido, o por lo menos, frenado el desarrollo de una investigación científica que, ayer como hoy, requiere planteamientos teóricos antes que explicaciones prácticas<sup>11</sup>.

La revolución científica del siglo XVII, según los historiadores que se han ocupado de ella, sería el resultado de una vuelta a Platón, a la especulación teórica, y no de un afán de inventos técnicos. No sería la observación de los fenómenos la que lleva a transformar la representación del mundo; todo lo contrario, sería la representación la que permite observar mejor los fenómenos. Esto supone una transformación radical, una revolución, un cambio total de perspectivas que sólo se dará en el siglo XVII y que supone la adopción de un sistema global de explicación: el mecanicismo, para sustituir el aristotelismo<sup>12</sup>. Pero el humanismo, por su postura antidogmática, sus reticencias frente a toda sistematización, estaba poco preparado para dar este paso.

De ser exacta la hipótesis, tendríamos una nueva aclaración del problema de la ciencia española en el siglo XVI: hubiera fracasado por falta de dedicación a los estudios teóricos como los que venían desarrollando los nominalistas. El rechazo de la especulación abstracta conduce los humanistas a interesarse por problemas concretos que pueden aportar mejoras al hombre y a la sociedad. Fernán Pérez de Oliva, por ejemplo<sup>13</sup>, se preocupa por la navegación en el Guadalquivir y así a lo largo de la centuria vemos a los humanistas más destacados orientarse en direcciones de este tipo, en busca de soluciones prácticas a los problemas de la vida cotidiana, en perjuicio de la reflexión desinteresada y aparentemente inútil, desechada por demasiado abstracta. Buen exponente de esta actitud es Pedro Simón Abril, quien, en sus *Apuntamientos de cómo se deben reformar las doctrinas* (1589), lamenta el dinero que se gasta en las escuelas en estudios vanos e inútiles; en cambio, nada está previsto para

tres cosas que tan necesarias son para la vida, que son: el agricultura, el arquitectura y el arte militar, habiendo tantas liciones de vanas sofisterías, las cuales quien las sabe no sabe nada por saberlas ni por ignorarlas ignora nada el que no las sabe<sup>14</sup>.

Y prosigue el mismo autor insistiendo en el «gran daño» que esta situación acarrea para la república:

gran falta de ingenieros para las cosas de la guerra, de pilotos para las navegaciones y de arquitectos para los edificios y fortificaciones.

José María López Piñero ha descrito con mucha erudición esta situación que no es exclusiva de la España del siglo XVI, pero que tal vez alcanza en ella mayores proporciones y que podría resumirse en pocas palabras: mucho interés por las técnicas y las matemáticas aplicadas, descuido y tal vez desprecio hacia la ciencia especulativa <sup>15</sup>. ¿Quién sabe si las «vanas sofisterías» que denunciaba Pedro Simón Abril no preparaban el terreno para la ciencia moderna? Cuando los nominalistas matemáticos de París y los *calculatores* de Oxford reflexionaban, ya en el siglo XIV, sobre la sustancia que tendían a reducir a sus atributos y concretamente a la extensión (la sustancia es una *res quanta*, una cantidad), estaban en realidad preparando el terreno a Galileo y al mecanicismo <sup>16</sup>. Lo mismo podría decirse de los estudios gramaticales; en este siglo XX, la lingüística de Chomsky, por ejemplo, se interesa por las estructuras sintácticas en general, volviendo así en cierto modo a la gramática universal de los escolásticos medievales <sup>17</sup>.

En fin, el humanismo desarrolla todo un programa educativo centrado y basado en el estudio de los autores de la Antigüedad griega y latina, por considerar que dichos autores habían sabido expresar de una manera adecuada y en una forma espléndida un ideal de humanidad apto para todos los tiempos. Esta preferencia dada a la literatura antigua me parece haber dado lugar a dos actitudes complementarias y que apuntan hacia la misma dirección.

Por una parte, un retorno al argumento de autoridad: recuperar el saber de la Antigüedad clásica por medio de textos cuidadosamente editados —lo que López Piñero llama el humanismo científico—, pero al mismo tiempo considerar que los autores de la Antigüedad clásica son el depósito de toda «buena y sana doctrina», como escribe Pedro Simón Abril al hablar de la medicina <sup>18</sup>, pero la idea puede extenderse a toda clase de ciencias. No quiero con eso insinuar que los humanistas hayan sido prisioneros de la cultura antigua; es indudable, sin embargo, que entre ellos ha existido la tendencia a pensar que todo había sido dicho ya, y bien dicho, por

los antiguos. La paradoja es, pues, que el culto de la Antigüedad viene a reforzar el criterio de autoridad contra el que los humanistas se habían ensañado tanto. López Piñero lo muestra con el ejemplo de la geografía. El libro de Ptolomeo, publicado en edición original en 1533, pero del que existían varias traducciones latinas, se convierte en manual de consulta obligada: «durante mucho tiempo, los datos de Ptolomeo se prefirieron a los que proporcionaba la experiencia y no se reconocieron sus errores en las determinaciones de longitud y latitud, ni tampoco en la estimación de la circunferencia de la tierra. Su obra sirvió, además, de fundamento a una geografía académica con ninguna o muy escasa permeabilidad para las noticias de los descubrimientos que estaban cambiando la imagen del mundo»<sup>19</sup>.

Por otra parte, el humanismo desarrolla una cultura fundada en la lengua, lengua hablada y sobre todo escrita. Por algo es contemporáneo de la imprenta y debe tanto al libro. De ahí la idea de una cultura entendida ante todo y principalmente como lectura. José Antonio Maravall ha aducido textos significativos en relación con este tema: «no hay otro saber sino el que se halla en los inmortales caracteres de los libros», exclamaba Gracián. Simón Abril alababa al maestro Nebrija «por lo mucho que leyó, por lo mucho que vio»<sup>20</sup>. «Cuanto toca al saber, más sabrás en un día que te recojas en tu cámara leyendo, que en un año que gastes por el mundo peregrinando», escribe en 1552 Diego Núñez de Alba<sup>21</sup>. Entre la lectura y la experiencia, el humanista, hombre de bibliotecas y de gabinete, tiende a preferir la lectura. La conclusión de este proceso es la elaboración de una concepción tradicionalista: «el saber no se produce, sino que se halla depositado, se encierra guardado en unos libros antiguos, de donde hay que llegar a conseguirlo»<sup>22</sup>. Cultura estética y libresca a la vez, muy alejada de lo que será la ciencia moderna, tal como empieza a formarse en los albores del siglo XVII. Dadas estas premisas, se comprende mejor el hecho inverosímil, verdaderamente sorprendente, de que América haya tardado tanto tiempo en quedar integrada en los marcos mentales e intelectuales. En 1543, el doctor Andrés Laguna puede dar una descripción del mundo habitable en la que América brilla por su ausencia. No cabe

suponer que Laguna desconociera entonces el descubrimiento y las conquistas; se había enterado de todo ello como muchos y probablemente mejor que muchos, pero el hecho no formaba parte de su horizonte mental; a la hora de escribir un tratado serio, el humanista consulta a los clásicos y repite con ellos: el mundo consta de tres partes, Europa, Asia y Lybia...<sup>23</sup>

El Renacimiento está dominado por una inmensa curiosidad, por un afán de ver y de saber; pero todavía no dispone de los instrumentos mentales que le proporcionen criterios serios para alcanzar la verdad; no posee aún un verdadero espíritu científico, aunque pugne por asomarse a él.

Si nos acercamos ahora a la sociedad de finales de la Edad Media y principios de la Moderna tendremos que percatarnos de que otro estereotipo tradicional tiene escasos fundamentos: la sociedad del Renacimiento ha sido aristocrática más que burguesa. Éste es un hecho ya bastante conocido desde que Fernand Braudel puso de relieve lo que él llamó la traición de la burguesía<sup>24</sup>. En efecto, no es que faltasen burgueses en aquella época: mercaderes enriquecidos con el gran negocio europeo e indiano, particularmente, pero estos burgueses no tenían más que una preocupación: dejar de serlo cuanto antes, fundiéndose de cualquier modo, lícito o ilícito, en las filas de los hidalgos y caballeros; y si no podían conseguir el privilegio para ellos mismos, trataban por lo menos de que lo consiguieran sus hijos, tan fuerte era el prestigio de la aristocracia y de los valores aristocráticos.

Esto no significa que la sociedad renacentista desconociera la importancia del dinero y de las actividades económicas que permiten obtenerlo. Pero el dinero es un medio para alcanzar una meta: la nobleza que sólo da prestigio. El dinero, de por sí, no es lo más importante, pero sin él no se llega a nada; es como el cero en aritmética, escribía un tratadista del siglo XVI: un valor nulo, salvo si va colocado detrás de otra cifra. Desde luego, la nobleza no se compra, pero supone la fortuna para mantener la honra. Así se establece una ecuación entre nobleza, riqueza y prestigio social; «honras y dineros casi siempre andan juntos», escribía santa Teresa<sup>25</sup>; ya, a finales del siglo XV, Juan de Lucena decía que «en

España la riqueza es hidalguía»<sup>26</sup>. Así se explica también la *insaciable codicia* de los conquistadores, según la consabida fórmula del padre Las Casas. Pero leamos la frase completa de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*:

La causa por que han muerto y destruido tantas y tales y tan infinito número de ánimas los cristianos, ha sido solamente por tener por su fin último el oro y henchirse de riquezas en muy breves días y subir a estados muy altos y sin proporción de sus personas, conviene a saber, por la insaciable codicia y ambición que han tenido.

O sea que Las Casas vitupera dos cosas en los conquistadores: la codicia y la ambición desmesurada e inmerecida de medrar, de ocupar en la sociedad un puesto que no les corresponde, mentalidad que vemos confirmada en numerosísimos textos de la época: «Después que allá tienen algo, no quieren trabajar, sino holgar»<sup>27</sup>. *Holgar*: es decir disfrutar de rentas, vivir noblemente en el ocio como los caballeros. Ahora bien, como señalaba hace un momento, la nobleza no se compra: se merece y como se trata de un valor social supone además el reconocimiento y el asentimiento de los demás. No es que la nobleza sea en la época del Renacimiento una casta cerrada. Todavía no; todavía existe una relativa movilidad social que permite a letrados y mercaderes, por ejemplo, ascender a la categoría de caballeros; para ello se exige la renuncia a ocupaciones consideradas como viles y sobre todo se exige tiempo: lo que uno no logra obtener, lo conseguirá más fácilmente su hijo o su nieto:

De aquí a pocos años, sus nietos o biznietos de esos de vuestro lugar saldrán con sus apellidos (...) a vivir donde no los conozcan, y en dos credos se hacen hidalgos y aun caballeros,

escribe Diego de Heramosilla en el *Diálogo de los pajes*.

En este contexto hay que situar a los conquistadores de Indias, casi todos gentes sin fortuna, movidos no tanto, repito, por el deseo de enriquecerse rápidamente sino por el ansia de convertirse cuanto antes en señores de vasallos y disfrutar de todos los privilegios de la

nobleza tradicional. Como apuntaba muy bien José Durand, a los conquistadores «no sólo les era necesario enriquecerse, sino ejecutar hazañas de nombradía, y para ello importaban tanto la hacienda como el saber gustarla de acuerdo con el bien parecer»<sup>28</sup>. Esto es lo que les echa en cara Las Casas y con Las Casas la sociedad española del Renacimiento. Escribe Gómara en su crónica que

los motejaban de villanos en España y Corte, y no merecedores de tanta parte y riqueza, y no digo entonces, pero antes y después lo acostumbran decir los que no van a las Indias: ¿hombres que por ventura merecen lo que tienen?, y no se habían de escuchar<sup>29</sup>.

Al fin y al cabo, los conquistadores se comportaban en las Indias como se habían comportado durante la Reconquista los antepasados de los nobles españoles del siglo XVI: la guerra les ofrecía la oportunidad de *medrar*, de *valer más*, de obtener de una vez y por su propio valor personal *honra* y *provecho*, la fortuna (encomiendas, minas...) y la consideración social, todo ello a costa de infieles. Recordemos la frase del mismo Gómara: «En acabándose la conquista de los moros (...) se comenzó la de los indios para que siempre peleasen los españoles con infieles». Tanto la táctica de las entradas, que se asemejan a las cabalgadas fronterizas de la Reconquista, como las mentalidades de los conquistadores permiten hablar de la persistencia de situaciones e ideas medievales en plena época del Renacimiento.

Volviendo, para terminar, a nuestra interrogación inicial, ¿puede hablarse de una ruptura neta entre dos mundos, el bajomedieval y el renacentista? Evidentemente no. Hubo en aquel periodo de tránsito clara conciencia de que algo nuevo se estaba gestando que bien merecía equipararse a lo más celebrado del mundo antiguo y tal vez superarlo, pero las estructuras sociales y mentales cambiaron muy lentamente y vemos actitudes medievales prolongarse hasta bien entrado el siglo XVI, y esto no sólo en España sino en toda Europa. Es que la modernidad es más que la época moderna; no es una mera evolución cronológica; es un cambio total de perspectivas que supone por lo menos cuatro características bien definidas que

sólo se encuentra reunidas a mediados o incluso a finales del siglo XVII:

— el espíritu científico, definido por el uso sistemático del método experimental y de las matemáticas, el mecanicismo que sólo quiere saber de cantidades y medidas. Esta revolución se inicia con Galileo, a principios del siglo XVII; se continúa con Descartes y puede considerarse como definitivamente victoriosa en 1687 cuando Newton publica sus *Principia*;

— el desarrollo tecnológico, fruto de los adelantos de las ciencias, que permiten mayor y mejor eficacia en el dominio de la naturaleza;

— una política racional con un aparato estatal fuerte: una burocracia, un ejército, una fiscalidad;

— una economía asimismo racional.

Tanto en España como en el resto de Europa estas características distan mucho de darse a finales del siglo XV y principios del XVI; algunas empiezan a apuntar; otras tardarán todavía mucho tiempo en afianzarse. Dicho de otra forma, los descubrimientos y la colonización de América no bastan por sí solos para señalar el tránsito de la Edad Media a la Moderna. Esta idea de una ruptura total entre dos mundos, hay que abandonarla. En 1930, el historiador francés Henri Hauser publicaba una serie de estudios con el epígrafe general: *La modernidad del siglo XVI*. Hoy en día esta modernidad resulta discutible: el siglo XVI nos parece más bien vuelto hacia el pasado, a pesar de sus evidentes novedades; vemos la sociedad renacentista como más aristocrática y menos burguesa; en cuanto a la revolución científica, no cabe duda de que empieza verdaderamente con Galileo, a principios del siglo XVII. Entonces es cuando se produce el cambio radical, como ya lo había advertido Voltaire:

La verdadera filosofía no comenzó a alumbrar a los hombres hasta finales del siglo XVII. Galileo fue el primero que hizo hablar a la física el lenguaje de la verdad y la razón<sup>30</sup>.

La larga centuria que arranca a mediados del siglo XV tendrá, pues, que aparecernos como la lenta maduración de un proceso que sólo más tarde cobrará su verdadera significación.

¿Qué límites asignar al siglo XVI en la historia de la literatura española? No hay ningún problema en señalar el final del período: Felipe II muere en 1598, un año antes de la publicación del *Guayade de Alfrade*; hay una coincidencia casi perfecta entre la historia política y la historia literaria. El punto de partida, por el contrario, plantea un problema más delicado: ¿Hay que señalar el inicio en 1516, con el advenimiento del futuro Carlos V? Imposible: los que crean el Estado moderno en España son los Reyes Católicos (1474-1516), pero, si bien la fecha de 1474 es adecuada para la historia política y social, es demasiado precoz para la literatura. El año 1492 sería más conveniente: en ese año aparece *La Celestina*, obra mucho más vinculada hacia la época moderna, a mi parecer, que hacia la Edad Media. De cualquier manera, es entre 1474 y 1516 cuando se crearon estructuras políticas y sociales llamadas a perdurar y que marcaron profundamente la cultura española del siglo XVI.

Señala también y con razón las observaciones de Paul Ricœur (*Historia crítica*, p. 69): «Una civilización no avanza en bloque ni se estanca en todos los aspectos. Hay en ella diversas líneas que pueden seguirse, de alguna manera, longitudinalmente: línea del equipamiento industrial, línea de la integración social, línea de la autoridad y del poder público, línea de las ciencias y de las artes (de tales ciencias y de tales artes), etc. A lo largo de esas líneas aparecen, para,